

del corazón noble el odio á un hermano? Uno de los atributos del amor es la indulgencia; la venganza de una injuria recibida es siempre detestable, pues á mas de que la satisfacción que proporciona es muy amarga, denigra al que se venga, y lo hace acaso mas despreciable que el ofensor. Amarnos mutuamente es una de las leyes mas sublimes de la naturaleza, y principalmente de la caridad cristiana; pues ese sentimiento es el autor puede decirse de los actos mas brillantes de nuestra vida. De ella dimanar todas las virtudes políticas y religiosas, es ella el móvil, ella el origen de las buenas acciones, y nos enseña á ver aun en el malvado una víctima, que debemos compadecernos mas bien que detestar, puesen él nos presentamos solo un desgraciado, á quien le debemos nuestros consejos, y en quien debemos aborrecer tan solo el vicio, cuyos funestos estragos debemos no olvidarlos, como que sirven de ejemplo



TERCERA PARTE.

DEBERES DEL HOMBRE

¶ PARA ¶

CONSIGO MISMO.

SIENDO el hombre una criatura racional, dotada de inteligencia y formada para un alto destino, nada basta a disculparle del abandono, á que se sugete él mismo: es por consiguiente de su deber procurarse todo lo que conduzca á su bienestar, todo lo que pueda colocarle en el puesto, que le ha designado la Providencia. Para cumplir con los deberes que se dejan expuestos, es preciso atenderse él mismo con los que se le han impuesto, tales son, ilustrar su entendimiento, nutrir su corazón con los buenos sentimientos, y procurar su propia conservación.

A nada se ha debido muchas veces un mal deplorable, una desgracia, sino á la ignorancia; muchas acciones útiles y satisfactorias se de-

jarian en el olvido por la carencia de instruccion; sin ella solo se vive en la duda, de esta se pasa á la ansiedad, de la ansiedad á la desesperacion, de la desesperacion al odio, del odio al indiferentismo, pues capsada el alma de una lucha infructuosa, desfallece y nada le interesa de cuanto pasa á su derredor. Sin siquiera bellas ilusiones y sujeto á solo sufrir, el hombre vendria á ser únicamente un rey proscrito, desterrado en medio de una naturaleza sin encantos.

Muy distante, puede decirse, del trono de Dios, y condenado á solo lo material, dejaria de ser una obra sublime como fué constituida; dejaria rodar su diadema entre el fango, y sujeto á la sola sensibilidad del placer ó del dolor en la materia, no podria proporcionarse un verdadero goce del primero, ni podria huir del segundo, pues no sabria como verificarlo. He aquí pues, que el cultivo del entendimiento es un deber: es necesario si obrando el hombre en contrario, descende de su puesto, ultraja su ministerio y se constituye en un ser inútil en la sociedad, pues de nada puede servir á sus hermanos: monstruo solo de perversidad, corromperia con su ejemplo, y al fin de su carrera de dolor tropezaria con el cadalso.

La falta de vergüenza de una mala accion, la falta de pudor hacen del hombre una criatura nociva á sí misma. ¡Desgraciado de aquel que no procura conservar el honor! tan enorme falta lo hace despreciable á los ojos de todos; y en sus funestas consecuencias, lleva envuelto no solo á sí mismo, á su familia, á la sociedad que le rodea, sino acaso á una nacion entera.

Si ha nacido para la sociedad; si debe procurar su bienestar en ella y no merecer su oprobio, tiene que practicar todo lo que le conduzca á este fin, puesto que cede en su beneficio. Así es que su corazon ha de ser el santuario de la bondad, del honor y de la virtud.

Debe procurar su propia conservacion.

He aquí el primero, é indispensable deber del hombre. En vano se esfuerza la filosofia bárbara que busca ó propone en el suicidio un medio para curar los dolores, que afligen al corazon humano ¡jamás podrá justificar su dolorosa opinion.! Es cierto, y una experiencia bien amarga desenrolla diariamente ante nuestros ojos un cuadro que arranca lágrimas, solo vemos una humanidad que sufre, la inocencia arrastrando las cadenas, que á sus pies ha puesto el crimen triunfante, la virtud desconocida, el error entronizado y cada individuo imploran-

do en vano los socorros de la sociedad que pertenece lo expulsa de su seno.

Sin embargo, consideresele en el último extremo del dolor, véasele constituido tan para sufrir nada, nada le autoriza para arrancarse él mismo la vida, nada bastará para culpar tan semejante maldad!

Nacido el hombre para la sociedad, á ella pertenece, ella tiene derecho á reclamar su existencia, que es, ó puede serle útil; por consiguiente el suicida ofende á la sociedad.

De Dios hemos recibido la existencia, y darnosla ha gravado en nuestro corazón el precepto sublime „Conservate á tí mismo” en una manera que no procurar su duración es un horrible desobediencia; y además el robo insultante de un derecho que solo al Criador le pertenece, puesto que de él ha dimanado nuestra vida, que aunque una dádiva, no se ve sin embargo con un derecho absoluto.

Nuestra mansion sobre la tierra es de corta duración, y, como ella, lo mismo son los males.

Es cierto que hay seres que nacen dotados por el cielo de una imaginación ardiente, más animada que la de los demás, tienen un corazón noble, compadecen la desgracia de

permanos, aman casi hasta el delirio, su conciencia, y fidelidad en los más duros sacrificios.

De aquí los resortes de su corazón. Estos seres privilegiados, estos seres amables casi nadie comprende, pues los eleva sobre los demás por la superioridad de su alma, pero; desgraciadamente sucede que muchas veces, acaso arrebatados por una idea violenta, como v. g. los zelosos, el honor llevado hasta la exageración, el amor malogrado, el desden de la mujer amada ó los dolores de la ingratitud los conduce precipitadamente al sepulcro; pues ellos mismos en solo un instante se privan de una existencia preciosa, ornato de la sociedad en que viven, genios creadores cuyos esfuerzos han embellecido la literatura, han curado las dolencias de la humanidad, han sido admirados, aplaudidos y hasta envidiados, más después solo les resta un lauro manchado con su propia sangre, una tumba ignorada, ¡un nombre execrable!

No solo este acto debe mirarse con horror y odio casi santo, sino todos aquellos que nos conducen á una muerte segura.

El exeso de las pasiones, es puede decirse una fosa que se abre á nuestros pies y caer en ella es lo más fácil. Todo llevado á los extremos es

peligroso, pues cuando los males físicos no vienen á destruirnos, los males morales por el aislamiento, y aun cuando se viva en el seno de las delicias, el hombre no por eso dejaría de ser como la tumba del réprobo coronada de flores. Así es que está en nuestro deber practicar aquello que nos conduzca á nuestra conservación, convencidos de que la serenidad en las adversidades es propia de las almas magnánimas, y es también aparecer el hombre con la dignidad que recibió del cielo, ó como un rey que procura cimentar su trono en el honor y la virtud, cuyas armas le conservarán intacta la corona, y en sus dominios solo se sentirá el peso del yugo de la equidad y la razón.



EPÍLOGO.

Al entrar el hombre en el tumulto de la sociedad, se encuentra como sorprendido; ve en su derredor una multitud que se agita, se mueve en convulsiones espantosas; cada cual ocupado en sus aspiraciones, en sus proyectos, en su establecimiento, en la realización de sus ideas; todos como olvidados de á dónde van, corren en acción para resistir á su fin; puesto el uno en frente del otro para disputarse ó el bien, ó el que se sueña, ó el lauro que alguno de los otros debe ceñir; la creación está como espantada de sí misma, y sus encantadoras perspectivas parecen que solo sirven de decoración á una triste y agria escena.

Estas circunstancias hacen que el hombre al verse en medio de ellas, se aturda, se confunde á tal aspecto

formidable, y dejando deslizar entre tinieblas su débil planta, va á parar al fondo de un abismo. Mas para salvarse de ese mal le bastará cimentar sus acciones en los principios de una sana moral. El respeto y el amor á la Divinidad, á sus semejantes, y el racional cultivo de sí mismo; lo harán fuerte y valeroso en el oceano que transita; verá en la muerte el sueño pacífico que lo conduce á una vida mejor, y su cabeza descansará tranquila en el seno del sepulcro. Nada le importa que en su exterior no haya una losa que marque con caracteres de oro su nombre venerable, él existe de una manera mas noble en el corazon de sus amigos, si no hay una madre, una esposa que inundará su tumba con sus lágrimas, ó un hijo que ponga sobre ella una modesta flor, su alma morirá feliz en la region celeste. El bien que hizo será su monumento, y á él nunca podrán tocar ni el tiempo ni la muerte misma.

FIN.

